

CONVERSACIONES
EN MADRID CON
SALVADOR
PANIKER



"La convivencia no consiste en que las personas renuncien a su manera de ser"

Erase que se era un entrevistador al que alguien pretendió entrevistar. El entrevistado acababa de publicar un libro titulado "Conversaciones en Madrid". La obra se presentó en una lujosa librería entre copazos de champaña, abrazos, sonrisas y apreturas. El entrevistador entrevistado se llamaba, se llama, Salvador Paniker, escritor, filósofo, hombre de mirada grave y atenta, espíritu avizor, rostro estrino y fatigado. El hombre—Salvador Paniker—estaba fatigado porque durante toda la jornada estuvo recibiendo plácemes, preguntas, llamadas, en la soledad de un hotel de lujo convenientemente adobado con música ambiental, aire acondicionado y botellas de agua mineral. El entrevistado, además, está de vuelta de muchas cosas. De las entrevistas, por ejemplo. De esos tipos curiosos e inquietos, insaciables bebedores de café con leche, llamados periodistas. Al principio fue difícil romper el hielo. Era un día de fatiga, un día grave y pesado. Un día cualquiera. Le dije:

Tercer círculo

—Durante la noche pasada no dormí. Te explicaré las razones. No dormí porque me lei de un tirón y a palo seco tu libro "Conversaciones en Madrid". Ahora no estoy fatigado. Estoy inquieto, como vacío. Es un libro que no debía terminarse y al que le falta, como mínimo, un "tercer círculo". En la portada hay dos círculos formados por las fotografías de los conversadores. Pero o bien los círculos son estrechos o se te quedó un tercer círculo en el cajón, porque ni son todos los que están ni... Quiero decir que "Conversaciones en Madrid" son diálogos con la "élite" del país. Con los profesores protestatarios, con los ministros liberales y con los economistas sagaces; pero noto la falta de otras gentes, de otros hombres..., del pueblo, tal vez.

—Ya lo dije en la introducción del libro. O hacía un tipo de libro sociológico o hacía otra cosa; pero es cierto, es cierto, que el libro tiene una intención "elitista"; yo no he pretendido hacer un libro "total". No quería entrevistar a la gente de forma indiscriminada. Tal vez haga alguna vez un libro en el que converse con gentes desconocidas. Lo que yo pretendía era entrevistar a personas de cierta significación en la vida madrileña.

Monólogos

—Otro tema. Tu libro se ha-

ma "Conversaciones en Madrid". Conversar es iniciar un diálogo, pero yo veo que en tu libro—y perdóname—el diálogo no se establece. Las gentes monologan consigo mismas. Tú eres un espectador, tomas notas, pero el diálogo entre las gentes no se establece. La oposición se mantiene en sus trece; los que representan al Poder, también. Parece como si se tratara de unidades impermeables, autónomas, incomunicadas...

—No sé; a mí me da la impresión de que el problema de la convivencia no consiste en que las personas renuncien a su manera de ser. Es un problema que te lo da la estructura mental y sociológica del país. En un país democrático las personas pueden ser dogmáticas si les apetece... tienen posibilidad de serlo. Yo, la verdad, es que también me he planteado muchas veces lo que ahora tú me planteas. Ha sido una de mis obsesiones. Me decía, cuando escribía el libro, que deseaba encontrarme al margen del país para ser un espectador más imparcial. Pero esto era completamente imposible. Esos monólogos existen. Los personajes de mis "Conversaciones" establecen pocos puentes entre ellos, según se mire; en este aspecto, el panorama podría ser deprimente. Pero, por fortuna, en otros aspectos la realidad es más agradable. Que una persona sea abierta no quiere decir mucho. Por ejemplo, Ullastres es un señor de mente conservadora y espíritu abierto. Pero hay personas que se pasan hablando todo el día de la democracia y después resulta que son cerradas.

—¿Servirán estas conversaciones para alentar el diálogo?

—Yo creo que un libro como éste puede incidir en la conciencia nacional. De momento ya es un éxito que esté en la calle.

Política

—¿Un éxito político?

—Verás: yo de eso, sinceramente, no sé mucho. Pero parto de dos principios. El primero, que si todo señor responsable puede publicar bajo su responsabilidad lo que le parezca, yo, que—creo—soy responsable, debo hacerlo. El segundo principio, que como yo estoy interesado personalmente en los resultados económicos de la Empresa editora, pues...

—¿Cuánto gastaste en tu libro? ¿Cuánto te costó?

—Bastante. Desde luego, seis meses dedicándome solamente al libro, y después pon descientas o trescientas mil pesetas, entre plátos y flautas. Pero creo que el libro se va a vender. ¿Mucho? Más de treinta mil ejemplares, espero. Si es así, el país demostraría estar sano.

Filosofía

—Dejemos la sanidad a un lado, querido Paniker, y sigamos hablando, pero de ti. ¿Qué eres tú, sobre todo: filósofo, escritor, entrevistador?

—Yo soy filósofo ante todo y

más que nada. De inclinarme por algún sistema de pensamiento, más bien me inclinaria por la filosofía analítica, lingüística, tal vez porque le va bien a mi dimensión humana, que posee ciertas tendencias orientales. Como sabes, mi padre era hindú. Tengo una preocupación religiosa muy intensa.

—¿Cristianismo?

—Yo diría que me mantengo en una actitud religiosa que no me atrevería a definir hoy todavía de ninguna manera. Desde luego, teísta, pero habría que matizar mucho. Yo dije alguna vez que la mínima cortesía intelectual que merece lo Absoluto es que no pretendamos nombrarlo de ninguna manera. Creo que todo lo que antes se llamaba pruebas de la existencia de Dios, apologética, no conduce a ningún lado. Queda, sin embargo, un camino, que es el de las propias experiencias personales conducidas hasta el límite, de modo que se puede interpretar, se puede explorar. Las pruebas de la existencia de Dios han sido tal vez las que más han trivializado la temática.

—No eres escolástico, claro...

—Pues no. Mira, la filosofía escolástica tuvo vigencia hasta hace poco porque estaba ligada muy directamente con la religión católica; se trataba de jugar con pocos riesgos. Pero, ¡ojó!, ha sido buena, aunque hoy no lo sea. Fue útil para aprender filosofía.

—¿Cómo aprendiste tu filosofía?

—Afortunadamente estudié la carrera por libre. Digo afortunadamente porque así no tuve

que tragarme al padre Greff en latín y cosas por el estilo.

Revolución

—Y la filosofía ¿qué debe hacer: explicar el mundo o transformarlo?

—La filosofía no se puede desligar de la acción. Por eso yo hago estos libros de conversaciones, porque en el fondo lo que escriba un señor, por muy profundo que sea, me tiene más bien sin cuidado. A mí lo que me interesa es lo que dice ese señor, cómo lo dice... Con estos impactos existenciales vivo más realmente. Pero, claro, la filosofía contemplativa no tiene nada que hacer ni qué decir. En este aspecto todos tenemos que ser algo marxistas.

—¿Método o ideología?

—Método, desde luego. La filosofía, para mí, es método. Por eso me quejo siempre de la forma anticuada, de la metodología científica de la filosofía española. En España no hemos sufrido la revolución crítica de Kant, y sin ella no se puede avanzar.

—Pero ¿qué es más importante: la revolución crítica de Kant o la revolución democrático-burguesa?

—Las dos son importantes. Sin la crítica kantiana no se puede avanzar intelectualmente. A mí, sin embargo, me da la impresión que los españoles no somos muy propicios a esto de la meditación, de la filosofía; lo que nos va es lo sensorial.

Libros

—Tus libros te han ayudado a conocer mejor a los españoles... —Este último, sí. Pero yo ten-

go tendencia a no creer en los libros, en las palabras. Estos libros que hice son como pequeñas trampas que me he puesto a mí mismo para encontrar de una forma indirecta el pensamiento en la acción. Sí, a veces me enriquecen, me ayudan a entender mejor, pero otras veces me deprimen, me ayudan a ver a la gente en su dimensión última, y esto no siempre es un espectáculo de gusto.

—Estructuralismo.

—A mí el estructuralismo me parece muy divertido. Eso de Foucault de que el hombre ha muerto está muy bien. Es un descubrimiento. Claro, yo no soy un humanista. A mí el humanismo me parece música celestial. La realidad es otra cosa.

—¿Te sientes marginado?

—Yo no tengo un concepto demasiado brillante de la burguesía catalana. No estoy marginado. Conozco bien la sociedad en la que nació. Pero hice lo contrario de lo que suele hacer la gente. Lo normal sería que yo fuese ahora catedrático de Metafísica excendente. Pero empecé por hacer otras cosas; ganarme la vida por ejemplo (estoy casado y tengo cinco hijos). Pero, claro, resulta que no es digno seguir acumulando dinero. Y además hay un problema: el tiempo pasa rápidamente. Ahora tengo cuarenta años. Cuando tenía treinta y nueve era muy joven; ahora, no. Con la muerte de mi madre me di cuenta de que había envejecido. De repente. Pero, oye, a mí me parece que esto de hablar de uno mismo no es de buen tono. Aunque, claro, ahora me doy cuenta de que precisamente eso les hice a los demás en mi libro, porque a ti, en el

fondo, te tiene un poco sin cuidado cómo sea yo, cómo pienso; pero, claro, tienes que hacerme una entrevista.

—¿Eres catalanista?

—No; veo con simpatía el regionalismo. Leo libros en catalán y todo eso. Mi padre, como sabes, era hindú, pero mi madre era catalana, y, claro, eso pesa. Las civilizaciones son incestuosas. Eso de casarse los blancos con blancas y los chinos con chinas me parece muy mal. Hay que superarlo. Sólo así llegaremos a trascender el concepto de raza.

Salvador Paniker ha bajado la voz y noto que está realmente fatigado. Salvador Paniker me dijo al principio que si hubiera sabido quién era se hubiese tomado como mínimo un par de cafés para estar más despejado. Yo se lo agradezco. Pero resulta que Salvador Paniker, que siempre echa mano de su sistema neurovegetativo cuando quiere describir su personalidad, no necesita tomar café para estar despejado. Es uno de los hombres más atentos, más lúcidos y más despiertos de esta tierra. Que, según dicen los libros, antes daba un número bastante elevado de misioneros, conquistadores y poetas líricos. En cierto sentido, este Paniker es como un misionero de vuelta. Es un hindú catalán que viene a la meseta con la esperanza de que aquí se entable un diálogo entre los que, naturalmente, no están de acuerdo. Sólo en un momento observé que enfriaba: cuando me dijo aquello de que los puentes eran muy difíciles de tender y que había que romper con la trivialidad.

ALBERTO MIGUEZ
(Fotos Urech.)

- «El problema de España es traspasar su costra de trivialidad»
- «La libertad es la no existencia de una escala móvil de valores»

